

El mundo cambia si dos se forman

Jesús Vicente García

el mundo cambia, encarnan los deseos
OCTAVIO PAZ, *Piedra de Sol*

En la fila de pago

—Con Octavio Paz entendí que el amor no debe ser sufrimiento —Basilio extrae de entre su saco un libro gris, lo toma con un cuidado sacramental, es un sacerdote en acción. Pasa una página, luego otra y veo en la portada el título, *Piedra de Sol*, Octavio Paz, con unos signos prehispánicos, y abajo: Tezontle. Lee, y su voz y la poesía me inundan:

—¿De dónde sacaste eso, a quién se lo robaste, por qué lo tienes tú? —la gente que está formada igual que nosotros para pagar el departamento del INVI (Instituto de la Vivienda) nos mira con un dejo de malestar y curiosidad. Me inhibo un poco. Vuelvo al ataque en esa envidia que me corroe; ese libro debería estar en mi biblioteca y no en las manotas de este orangután blanco. Me pone la palma de su mano-raqueta enfrente de mi cara, hago bizcos. Mis anteojos se empañan y yo me empeño en querer tocar esa edición. —¿Es la del 57, la que corrigió Chumacero, la numerada, la...? —Ahora su manota en mi cara y siento su olor a libro viejo.

—“El mundo cambia/ si dos, vertiginosos y enlazados,/ caen sobre la yerba: el cielo baja,/ los árboles ascienden”. ¿Captas? El amor es vida, *carpe diem* sin edad, aquí no hay preocupación por el amor, como dice





Ilustraciones: Beatriz Gutiérrez de Velasco

Sabines, o que los enamorados callan, o que nunca han de encontrar; al contrario: “amar es combatir, es abrir puertas”. ¿Ves? Abrir puertas es asomar la cabeza hacia otros derroteros, y yo me azotaba al amar, y Paz me está diciendo no te azotes.

Al ver el libro, en un primer momento me importa un rábano lo que Paz le diga a Basilio; yo lo que quiero es ver el ejemplar. Y al escuchar su lectura, me parece que tiene razón y hasta me ha hecho olvidar que estoy, como cada mes, en este edificio de Izazaga, onceavo piso, para pagar el departamento, con una fila enorme como de veinte mil personas, la mayoría con cara de angustia, viendo su recibo de pago (que todos fuimos a sacar en una primera fila en otras ventanillas para, a su vez, formarnos en ésta) y contando el dinero, sabiendo que estaremos aquí al menos hasta las próximas navidades y quizá festejemos aquí la entrada de la primavera, el día del niño, las fiestas patrias, el día de muertos, y pagar como buenos contribuyentes. Un caracol es más veloz que nosotros. Los policías que resguardan el dinero nos ven con indiferencia. Un burócrata pone orden, le pide a unos niños que no corran entre la gente, casi tiran a dos viejitas, en tanto que:

el mundo ya es visible por tu cuerpo,
es transparente por tu transparencia,
voy por tu cuerpo como por el mundo,
tu vientre es una plaza soleada,
tus pechos dos iglesias donde oficia
la sangre sus misterios paralelos,
mis miradas te cubren como yedra,
eres una ciudad que el mar asedia,

Basilio sigue en su lectura y siento su fondo poético musical como algo surrealista, como algo ajeno al momento, como la poesía moderna: la unión de dos palabras opuestas entre sí, ensartadas, como los refranes de Sancho, inconexos, y que a don Quijote le chocaba, pero que significan algo, otra cosa, a veces no se sabe qué, pero uno siente y entiende cada quien a su manera, no hay un único significado, puede haber tantos como gente formada, tan distinta entre sí, como unas jóvenes que prueban en sus pechos un estetoscopio rosa, y se escuchan y sonrían, y luego un tipo con gorra saca su celular que suena con una música grupera terrible y no responde de inmediato y se expande eso de “Qué voy a hacer cuando tenga ganas de darte un beso,

qué voy a hacer”, de otro Paz, que dice que canta y que le antecede el nombre de Espinosa.

La mujer que está delante de nosotros voltea. Es una cuarentona de buen ver, con rostro de enojo, unos anteojos que más parecen microscopios. El ruido de la gente es un murmullo que de pronto se exalta con alguna risa escandalosa, se une de manera extraña con la perorata de Basilio, a quien le veo mucha seguridad en sí mismo (fuera de la cancha de básquet) que antes no tenía, o no tanta, que contrasta con la ocasión que fuimos Malena y yo a sacarlo de los separos de la policía por andar de subversivo, con su rostro de espanto y resignación, y todavía ese detalle al salir: le prometió a un tipo que le llevaría una torta y un chesco para aguantar; aquel le dio un billete de a cincuenta y Basilio no le compró nada. “Por ojete. Me dijo grandote y pendejo cuando lo metieron”. Ahora la poesía lo tranquiliza.

—He entendido que una relación de pareja no debe tener sentido de posesión. Que debe ser así: “un caminar entre las espesuras/ de los días futuros y el aciago/ fulgor de la desdicha como un ave”.

—¿Dónde encontraste ese libro? —no quito el dedo del renglón, aunque no me pela. Él sigue y sigue, y al menos así la espera para llegar a la caja se hace menos tediosa —Esos endecasílabos son pegadores.

—¿Cómo sabes que son endecasílabos, Flaco, los estás contando? —su mirada es como la de un maestro ante un alumno estúpido que de pronto dice algo brillante, lo que a estas alturas y conociendo a Basilio me da igual. Le pido que continúe leyendo. Veo, sorprendido, que esta fila-sierpe camina y viborea y que al llegar a la ventanilla se deshace y, cual esquivarla, cada quien sale disparado hacia los seis elevadores del edificio que suben y bajan.

voy por tu talle como un río,
voy por tu cuerpo como un bosque,

como por un sendero en la montaña
que en un abismo brusco se termina
voy por tus pensamientos afilados,

Estoy a una persona de llegar a la caja. La cuarentona me ve de reajo, pienso que se ha sublimado ante mi atractivo varonil. Me arreglo el saco negro, la corbata roja, me acomodo las gafas, la miro de reajo y le doy indiferencia, pero también le veo las piernas y sus curvas aun atractivas; y Basilio: “tienes todos los rostros y ninguno,/ eres todas las horas y ninguna”.

—¿Me puede dar su hora, por favor? —me pregunta la cuarentona de mezclilla y escotada, y su mirada brilla, “y tus pechos, tu vientre, tus caderas/ son de piedra, tu boca sabe a polvo”. Saco mi celular del año del caldo, con el estilo de quien extrae un reloj de oro.

—Las doce diez —la veo al estilo Bogart y le echo una sonrisa tipo Garcés. Levanto la ceja como Pedro Armendáriz nos ha enseñado, me mojo los labios y estoy a punto de comentarle que tiene un cabello lleno de vida, hermoso, mientras Basilio sigue leyendo saltadamente: “el mundo cambia/ si dos se miran y se reconocen,/ amar es desnudarse de los nombres:/ ‘déjame ser tu puta’, son palabras de Eloísa”. El rostro de la cuarentona cambia y nos miramos, y claro que el mundo cambia si dos, formados, se miran, sobre todo cuando la palabra puta deambula en esta fila de gente que no se espanta ante una mentada de madre, pero sí ante la palabra puta que sale de un hombre guapo y bien vestido, como lo es Basilio (saco castor impecable, pantalón azul marino, zapato café y cinturón ídem, cabello ondulado, oliendo a *Animal*) y yo diciendo: “Qué hermoso verso”, y la mujer de atrás con sus ojos de pistola ante mi comentario, con ganas de matarme, lo cual hubiera hecho a no ser por una voz femenina que sale de la caja (blindada) y cual fantasma dice: El que sigue. El cuello de la cuarentona gira casi 360 grados: “Groseros, tan decentes que...”, y camina los dos

pasos que la separan de la caja y ni siquiera me da las gracias por la hora.

—¿Ya ves cómo el mundo cambia?, pero “es mejor ser lapidado/ en las plazas que dar vuelta a la noria/ que exprime la substancia de la vida”.

Izazaga y el metro

Basilio tiene diarrea de lector en voz alta. Afuera, Izazaga nos recibe con un sol en todo lo alto, la contaminación hace añicos mi respiración, los ambulantes apenas dejan un espacio para un carril de transeúntes como si fuera de ellos la calle; todo es reducirse al espacio que nos permite andar, todo es de uno en bola, fila india; nos avientan, Basilio me empuja, se acerca a mi oído y me pregunta si ya había leído a Paz, que a poco no era cierto que ese poema es una belleza, que es como un amor loco tipo Breton, que hay que besar y mirar, hay que decir y andar en las

calles y calles, rostros, plazas, calles
estaciones, un parque, cuartos solos,
manchas en la pared, alguien se peina,
alguien canta a mi lado, alguien se viste,
cuarto, lugares, calles, nombres, cuartos

Y le respondo que “nunca la vida es nuestra, es de los otros,/ la vida no es de nadie, todos somos/ la vida — pan de sol para los otros,/ los otros todos que nosotros somos”.

Se sorprende de mi memoria y se ríe de mi intento de coqueteo. No era coqueteo, simplemente reafirmación de la masculinidad. “¿A poco no te aventarías

un quiebre con la cuarentona?” No, le respondo. Soy un hombre casado y... ¿de dónde sacaste ese libro?

—Es de Mayú. Tiene libros como ella: exquisitos, exigentes, cultos, sensibles.

Y sigue hablando y leyendo a Paz como si fuera una primera necesidad. Nos metemos al metro. Me exhorta a leer *Piedra de Sol*; me habla a la manera de un testigo de Jehová que busca salvar almas, y me río porque siempre he pensado que ese poema es lo menos cristiano que he leído. El metro —otra serpiente como la fila de pago, como el poema circular de Paz— nos acosa con su calor y sus aromas, en tanto que se pone en medio del vagón, pide atención al público y se pone a leer:

el mundo ya es visible por tu cuerpo,
es transparente por tu transparencia,
voy por tu cuerpo como por el mundo
tu vientre es una plaza soleada,
tus pechos dos iglesias donde oficia
la sangre sus misterios paralelos

y la poesía y el ruido del metro y los endecasílabos viajan por nuestros oídos, y la gente va en su burbuja tecnológica con audífonos y celulares, yo respiro y sonrío, y me espanto al ver al fondo del vagón a tres policías que se van acercando a Basilio, y yo también para salvarlo de las garras de una poesía que dice que no hay que sufrir en el amor, pero que en el metro las cosas —usted y yo, nosotros y ellos, todos lo sabemos— no son tan poéticas; mientras que el metro se pierde en el túnel oscuro, como “un caminar entre las espesuras/ de los días futuros” de la realidad. ▀

